

# humor



Fernando Botero *El jugador de cartas* 1988



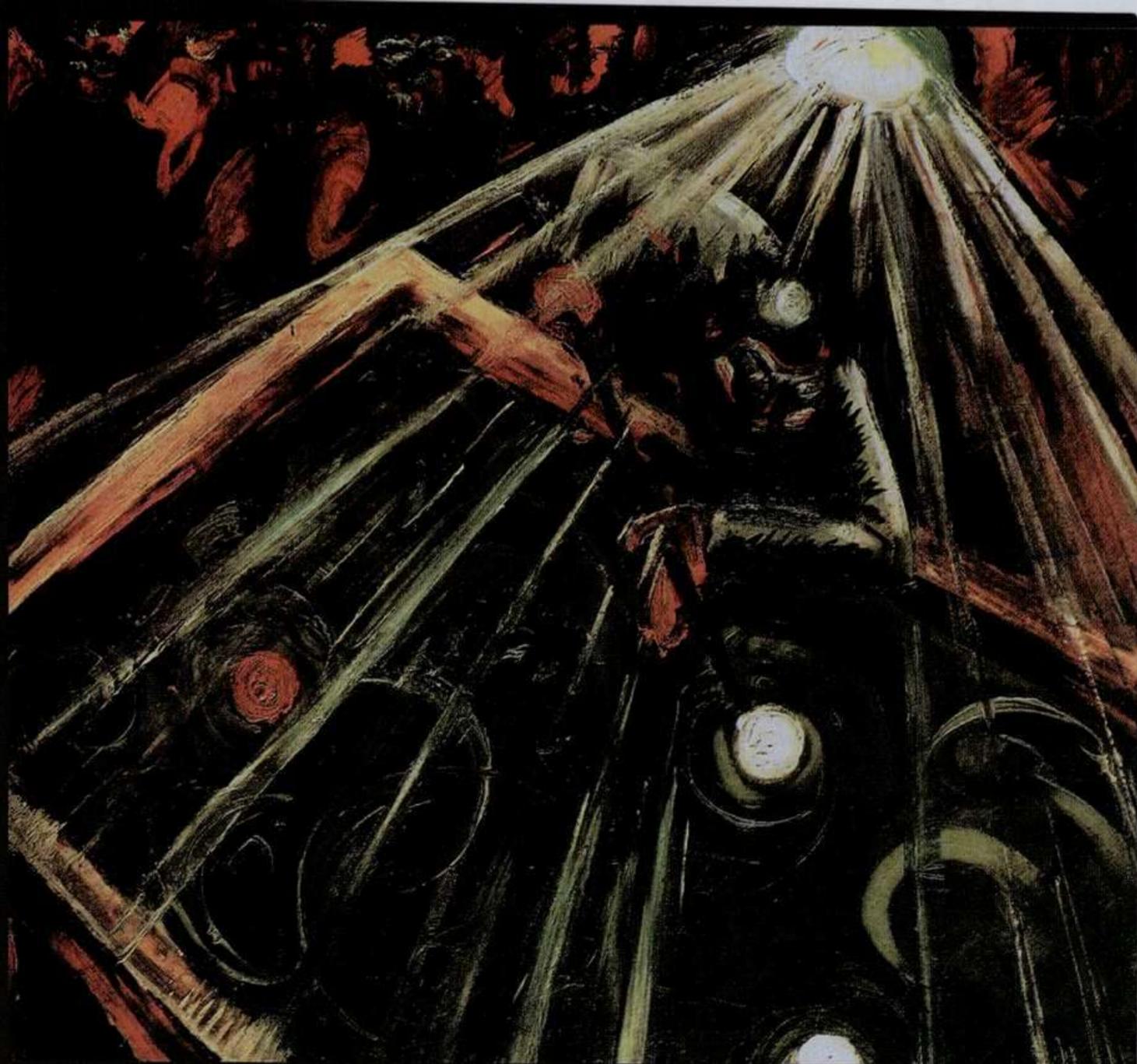
Vincent Van Gogh  
*El Café de noche* 1884

## *EL JUGADOR* Carlos Marzal

Habitaba un infierno íntimo y clausurado,  
sin por ello dar muestras de enojo o contrición.  
En el club le envidiaban el temple de sus nervios  
y el supuesto calor de una hermosa muchacha  
cariñosa en exceso para ser su sobrina.  
Nunca le vi aplaudir carambolas ajenas  
ni prestar atención al halago del público.  
No se le conocía un oficio habitual,  
y a veces lo supuse viviendo en los billares,  
como una pieza más imprescindible al juego.  
Le oí decir hastiado un día a la muchacha:  
Sufría en ocasiones, cuando el juego importaba.  
Ahora no importa el juego. Tampoco el sufrimiento.  
Pero siento nostalgia de mi antigua desdicha.  
Al verlo recortado contra la oscuridad,  
en mangas de camisa, sosteniendo su taco,  
lo creí en ocasiones cifra de cualquier vida.

Hoy rechazo, por falsa, la clara asociación:  
no siempre la existencia es noble como el juego,  
y hay siempre jugadores más nobles que la vida.

De *El último de la fiesta*, 1987



Otto Dix *Jugador de billar* 1914

*EL JUGADOR*  
José Antonio Mesa Toré

A pesar de esa nube de mirones  
que nubla con el humo de su hastío  
el paño donde libra otra batalla  
contra el tedio, se sabe solitario.  
Mientras cruza el pasado por sus ojos  
espera al fin un golpe de fortuna  
que premie tanta fe ciega en sí mismo,  
pero una noche más se pondrá triste  
la ginebra en el fondo de los vasos.  
El blanco recorrido de la bola  
es también su futuro, su destino  
en el rincón opuesto de la vida.

De *El amigo imaginario*, 1991



## MUCHACHA EN LA BOLERA

Manuel Alcántara

La vertical, dispuesta cetrería  
se inicia por impulso de su mano;  
inmóvil caza en el jardín cercano  
solicita al final su puntería.

Todo se echa a rodar con su alegría  
si rueda un mundo que es por ella humano.  
Diez arbustos florecen en el llano,  
pero viene a talar la geometría.

Anima su portada el «Vogue» cuando  
se derrumban los bolos sollozando,  
elástica criatura siglo xx.

Y ríe Cristian Dior cuando se inclina,  
morena de «bayon» y de piscina,  
femenino discóbolo viviente.

De *Ciudad de entonces*, 1962



Ben Nicholson Bugatti, 5 litros 1933

## LAS VEGAS, NV

Pablo García Casado

bendito sea el crupier que trucó los  
dados  
bendita sea la exxon que arruinó los  
planes de la compañía  
bendita la convención republicana que  
nos hizo cambiar  
todas las fechas  
benditos desastrosos resultados  
financieros benditas  
habitaciones  
oscuras solitarias bendita la soledad y el  
sufrimiento  
sin todos ellos sin la exxon el crupier y  
todo lo demás nunca  
te hubiese  
conocido casémonos lidia

quiero apostarlo todo a tu número  
quedarme en tu hueco para siempre  
casémonos  
conozco una capilla en la avenida oeste  
24 horas 40.95

flores aparte casémonos casémonos esta  
noche porque  
esta noche estoy de suerte



## AJEDREZ

Jorge Luis Borges

### I

En su grave rincón, los jugadores  
Rigen las lentas piezas. El tablero  
Los demora hasta el alba en su severo  
Ámbito en que se odian dos colores.

Adentro irradian mágicos rigores  
Las formas: torre homérica, ligero  
Caballo, armada reina, rey postrero,  
Oblicuo alfil y peones agresores.

Cuando los jugadores se hayan ido,  
Cuando el tiempo los haya consumido,  
Ciertamente no habrá cesado el rito.

En el Oriente se encendió esta guerra  
Cuyo anfiteatro es hoy toda la tierra,  
Como el otro, este juego es infinito.

### II

Tenue rey, sesgo alfil, encarnizada  
Reina, torre directa y peón ladino  
Sobre lo negro y blanco del camino  
Buscan y libran su batalla armada.

No saben que la mano señalada  
Del jugador gobierna su destino,  
No saben que un rigor adamantino  
Sujeta su albedrío y su jornada.

También el jugador es prisionero  
(La sentencia es de Omar) de otro tablero  
De negras noches y de blancos días.

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.  
¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza  
De polvo y tiempo y sueño y agonías?



Alexander Calder  
Tablero 1942



Marcel Duchamp Tablero 1919



Max Ernst  
Tablero 1944

¿Cuántas  
tierras han sido  
conquistadas  
en el mínimo  
espacio de un  
tablero  
por una sola  
mano?



José Caballero *El sangriento juego del ajedrez* 1914

Y ¿cuántos gritos  
de guerra no turbaron la conciencia  
del que ignora la sangre derramada?

## *PARTIDA DE AJEDREZ*

**Jaime Siles**

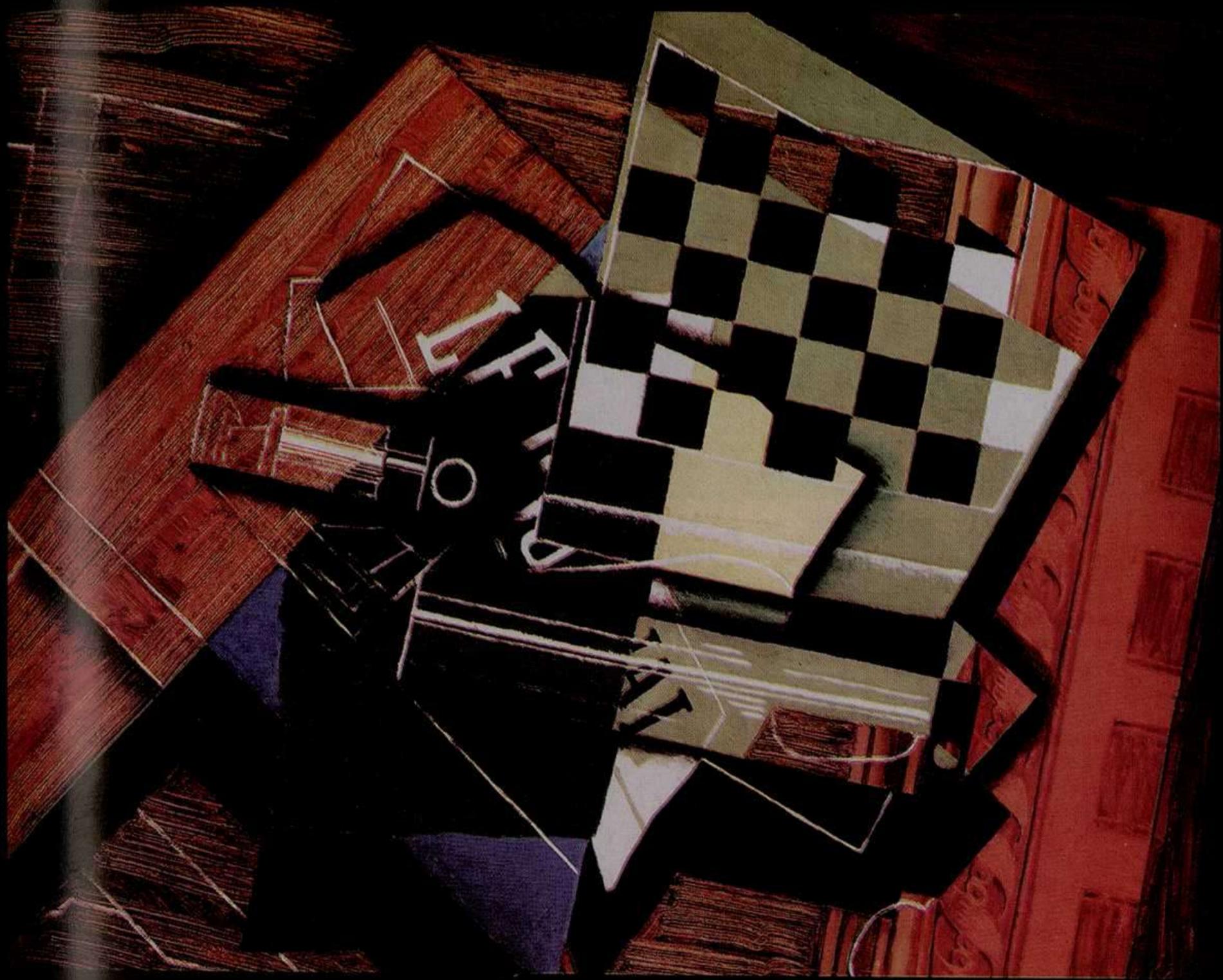
Me gusta el ajedrez por lo impreciso: es lo más impreciso  
que una indefinición de vida podría soportar. Se sabe  
qué les va a suceder a los peones,  
qué movimientos desplegará la reina,  
con qué seguridad se enrocará la torre,  
los saltos laterales y breves del caballo  
y la difícil suerte que correrá el alfil.

Patina éste, resbala, se desliza  
o para protegerse o para capturar  
una posible pieza  
y encuentra siempre  
un obstáculo que se mueve en su órbita,  
un enemigo próximo, un riesgo muy vecino,  
algo que lo amenaza y que él esquiva  
sin llegarlo a lograr.

Tiene el alfil un enemigo íntimo,  
lejano como un aura,  
que lo anima y lo irrita,  
lo reta y lo provoca  
en un sentido que él conoce  
porque es el mismo siempre  
e, incluso cuando avanza, recuerda  
el carácter retráctil de una fuga,  
el humo posterior a una derrota,  
el momento en que todo en la vida  
es un retroceder.

Ese momento en que el alfil destella como un látigo  
en la mano inexperta de un viejo domador  
en torno al cual se mueven, fieros y hambrientos, los leones  
atentos todavía al chasquido del cuero restallante,  
débil y envejecido por el uso  
e incapaz, por ello, de imponerles  
su dominio, su fuerza o su impiedad.

Ese momento en que el alfil conoce  
la insumisión y la desobediencia,  
y la cuadriculada llanura del tablero  
le parece la cara norte de un roque nublado,  
rizado e instantáneo,  
donde los ojos tropiezan con las cuchillas giratorias  
de una sierra mecánica que corta en espiral.



Juan Gris *Tablero de ajedrez* 1915

Ese momento en que el jugador más diestro  
calla  
y el tablero se escucha y las piezas,  
sin moverse ninguna, parecen todas zozobrar.  
Ese momento en que el rey se ha escondido,  
la reina deambula por la estancia,  
los caballos levantan los cascos y las patas  
en posición de salto y sin poder saltar.  
Ese momento en que  
lo más seguro del tablero son las torres  
y también éstas parecen minadas en sus bases.  
Ese momento en que lo único que pasa  
es el hueco todo de la vida, vacío incluso de su  
aire.  
Ese momento en que nos encontramos  
frente a frente, al fin,

no los ejércitos de negras y de blancas,  
sino nosotros solos,  
moviendo en el tablero las piezas que hemos  
sido  
y perdiéndolas todas, una a una,  
una tras otra, contra nosotros mismos, sin  
cesar.  
Cuando el alfil es nuestro movimiento  
escuchamos el ruido que hace un viento sin  
hojas,  
que cubre de polvo y sangre nuestras piezas,  
usadas unas y, otras, la mayoría, sin usar.  
Sobre el tablero ¿qué identidad se escucha:  
la del que mueve las piezas contra otro  
o la del que las mueve sólo contra sí?  
Sobre el tablero ¿qué es lo que se escucha?

¿Qué se sabe, qué es lo que se aprende,  
qué se llega a saber sino el cuadrado  
    vacío de la vida  
y la existencia sólo de figuras,  
pues figuras son sólo las piezas que se  
    juegan,  
y también quienes juegan y aquello que  
    se juega  
y lo que constituye el ajedrez?  
¡Qué angustia sube  
por el perfil redondo de las piezas!  
Y los símbolos fálicos en ellas  
no anulan su fingida apariencia de  
    pezón:  
su redondez erguida, su mueca, su voluta.  
Es la imprecisa forma de la muerte  
lo que otorga belleza al ajedrez.  
Ninguna pieza sobra. Todas salen,  
algunas también vuelven y las hay  
que, incluso, dejan la orilla opuesta:  
resucitan, regresan, llegan a renacer.  
Son esas piezas tal vez las que más amo.  
Me gusta verlas transgredir las leyes de la  
    física,  
burlar la muerte, desafiar la vida,  
recuperar sus cuerpos y ser su  
    movimiento,  
vencedor y vencido, de nuevo, una vez  
    más.  
Es difícil saber todos los movimientos de  
    esas piezas,  
pero puede pensarse que son tantos —y  
    tal vez los mismos—  
que a cada uno de nosotros  
le ha concedido la libertad de Dios.  
Acaso es él el juego y nosotros,  
las piezas que conforman el juego de una  
    vida  
de los mismos colores que el tablero  
y no se sabe si del mismo valor.  
Tal vez lo que recorre el juego  
es un espacio que no se mide en  
    términos de tiempo

y carece de una clara frontera  
que separe y defina  
los límites del ser y los del yo.  
Sobre el tablero la persona y la cosa se  
    confunden:  
conviene distinguirlas, sin embargo,  
porque, en nuestro deseo de ser torre,  
un caballo a galope produce siempre  
la fuga de un alfil.  
La reina duda y el rey, si no se siente  
    seguro,  
se equivoca.  
Los peones lo asustan y él conoce  
la música que suena en su morir,  
cuando alguien mueve, seguro, algunas  
    de sus piezas,  
nos mira, con su culpa feliz, hacia los ojos  
y pronuncia la palabra que tememos oír.  
Esa palabra que es el ajedrez y que señala  
    el fin  
porque es el jaque.  
Esa palabra que escuchamos muchas  
    veces,  
y de muchas formas, en la vida,  
porque la vida es como el ajedrez.  
Movemos piezas, nos movemos en ellas,  
nos las mueven y somos movidos  
    también.  
Somos como las piezas, pero, con una  
    leve diferencia:  
nuestro juego no consiste en ganar sino  
    en perder.  
Perdemos piezas, porque somos las piezas  
y, sólo perdiendo piezas, perdemos el  
    perder.  
Perder todas las piezas es nuestra máxima  
    victoria.  
Me gusta el ajedrez por la imprecisa  
    forma  
con que enseña a perder. Nunca se sabe  
qué les va a suceder a los peones,  
si algún desmayo sufrirá la reina,  
si las torres se moverán a tiempo,

si los caballos saltarán sus obstáculos  
 o sus diagonales rombos recorrerá el alfil;  
 si el rey se retirará a sus aposentos  
 o lo confinarán las circunstancias;  
 si el tablero es movido o se mueve;  
 si las piezas que perdemos  
 son tantas como las que ganamos,  
 y si ellas y nosotros somos  
 movidos por la mano de Dios.  
 Nunca se sabe. No. Nunca se sabe  
 qué es lo que mueve a quién.  
 Por eso —y no por otra cosa  
 me gusta tanto el ajedrez.  
 Nos enseña a jugar contra nosotros  
 y nos enseña que la vida consiste  
 —y consiste sólo— en un perder.  
 Brindo por tanta pérdida. Jaque-mate a la  
 vida,  
 al miedo de la muerte, al temor de perder.  
 Del otro lado del tablero alguien —Dios tal  
 vez—  
 me devuelve o envía algunas de sus piezas.  
 La partida termina en la resurrección.

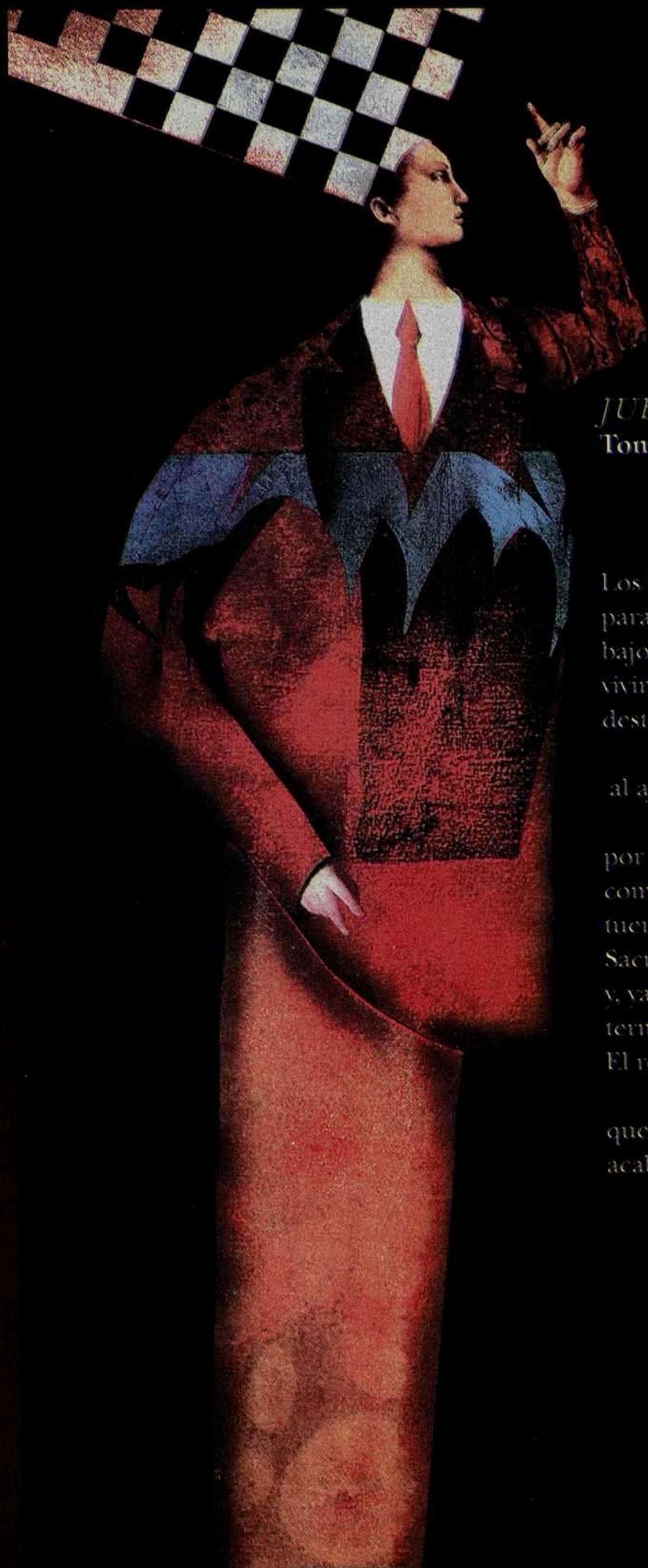
De *Himnos tardíos*, 1999



Marcel Duchamp *La partida de ajedrez* 1910



Marcel Duchamp *Retrato de jugadores de ajedrez* 1911



*JUEGO DE AJEDREZ*  
Tomás Cano

*(Joan Vinyoli)*

Los himnos son, a veces,  
para aquellos que están  
bajo la tierra. Aquí,  
vivimos todavía en el siniestro  
destino de los hombres.

Miramos cómo juegan  
al ajedrez.

Avanzan los peones  
por más que caigan. Saltan  
como el caballo y, rápidos,  
tuercen como el alfil.  
Sacrifican la dama  
y, ya casi perdidos,  
terminan enrocando.  
El rey aguanta fuerte

—mas seguro  
que con sus atributos, el cetro y la corona,  
acabará cayendo.